

TERCER PUESTO

Un par de lentes no está de más

Dayan Rodríguez Sandoval
"Furtiva"

Contadora Pública
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
dallany_rosa@hotmail.com

Como cualquier otro día dispuse mi vida en pro del trabajo, no lo amaba, pero necesitaba el salario. Cuando llegas a ese punto caes en una zona de confort que preocupa, pero a la vez alivia, no te arriesgas a buscar otra cosa porque estás cómodamente ganando dinero con algo que no te gusta.

Salí de mi casa con el tiempo justo, preparé café y tostadas como desayuno ligero, para no sentir el estómago vacío hasta medio día.

Eso de lidiar con gente por teléfono a quienes debes cobrarles a veces te desgasta tanto que sientes principios de gastritis.

¡Pero era viernes! ¿Qué rayos importa? Un pantalón blanco, una blusa negra y par botas hicieron que me sintiera con la actitud. Definitivamente debía ser un día bueno. Justo cuando volteaba la esquina veo pasar la ruta que me lleva hasta el trabajo, corro. En serio lo hago con preocupación 15 minutos más de tardanza implican la diferencia entre llegar a tiempo o llegar tarde...

He visto perros que le ladran a las motos incluso a las bicis, esos tiernos animalitos callejeros que viven del amor de extraños a su paso... pero jamás pensé que existiera uno en mi camino que se llenara de furia al verme correr. Inevitablemente se prendió de mi pierna, mis esfuerzos eran infructuosos y ante la mirada atónita de miles de transeúntes luchaba por liberarme de las fauces de aquella ternurita callejera...

Llegué tarde, lo hice pese a que no estaba en mis planes, pese a que dispuse el tiempo necesario para que no sucediera. Una serie de eventos desafortunados conspiraron en mi contra y al terminar mi jornada laboral en la tarde recibí la recompensa, un delicado llamado de atención sumado a una suspensión por ser una falta repetitiva.

Un día que pintaba de maravilla se salía de mi total control, así que con pasos lentos salí de la oficina, entre innumerables cubículos

arrastre mis pies y cruce la salida del edificio, constantemente sentía que me pesaba la vida, pero este era el día en que más me aplastaba.

Me rehusé a llegar a mi casa, encerrarme sola en unas cuantas paredes a soportar el mal día no era lo que pretendía, decidí dar la vuelta y buscar un pub deseaba con ansias locas ahogar mis penas en un shot de tequila, aunque al siguiente día trabajaré.

No acababa de atravesar las puertas cuando su mirada se clavó en mí, esos ojos, que me parecían familiares. Quizás de otros sitios, de otros momentos o de otras vidas. Podría jurar que mientras me dirigí a la barra el jamás dejó de mirarme... pedí un trago, luego le sume varios y sin darme cuenta estaba sentada en la misma mesa que él. La conversación fue amena, vagos recuerdos tengo de ese momento; aunque podría asegurar que disfrute su compañía y aún más su presencia, él tomaba mi mano y sin notarlo empecé a tomar la suya.

Hablamos de todo un poco, aún no daba fe de lo que sucedía. De la nada el peor día de mi vida se convertía en un afortunado atardecer y luego anochecer.

Lo invité a mi casa, no medí ni calculé que hacía apenas un par de horas le acababa de conocer, aunque para ser sensatos sentía que lo conocía hace un par de vidas atrás.

Compartimos cama, pero no nuestros cuerpos. Su mirada vaga se fundía en mil caricias que no lograba controlar, palmo a palmo me recorrió como si tratase de grabarme para siempre en su memoria. Juraría que aquella fue la noche más hermosa de mi vida, no daba crédito que aquel hombre que estaba conmigo aquel día no actuará como el promedio y no pretendiera abalanzarse sobre mí para obtener un momento de placer.

Desperté algo aturdida, cuando voltee ya no estaba, tratando de creer que lo que pasó había sucedido busque pruebas de que su existencia fuera real.

Un par de lentes oscuros para caballero sobre mi mesa de noche, confirmaron que aquella hermosa velada era totalmente cierta y mi corazón saltaba de felicidad.

Volví en repetidas ocasiones al pub, buscando que aquellos ojos volvieran a clavarse en mí... tenía la certeza de que los quería para siempre, mirándome fijamente el resto de los días hasta que envejeciera.

Durante varias semanas repetí el mismo ritual. El barman quien probablemente me recordaba de aquella mágica noche, no por mi exuberante belleza sino por mi poca delicadeza al comportarme; sabía que debía servir cada noche... el mismo shot de tequila que me llevo a conocerle y ahora me invitaba a buscarle.

Algunas noches el barman intentaba iniciar una charla, pero yo; absorta en mis pensamientos no dejaba de mirar aquella puerta, esperando que su mirada fulminante atravesará la entrada del pub y sus brazos me rodearan para siempre.

Perdí la cuenta, de cuantas veces entré a aquel sitio o cuánto dinero invertí noche tras noche; consiente soy que varios tragos corrieron por cuenta de la casa, probablemente no por buena cliente sino por la lástima que despertaba en aquel hombre.

Un día cuando ya flaqueaba mi fuerza de voluntad, el barman decidió conversar.

Lamente haberle oído y aún hoy lo lamento. Empezó por mencionar aquella tarde que entre al pub buscando ahogar mis penas después de un mal día.

Luego hablo de su cliente constante, aquel hombre que olvido sus gafas en mi mesa de noche, mencionó un tratamiento experimental que probablemente no funcionaría, hablo de un viaje a Francia, de un cáncer cerebral incurable con afectación en el sentido de la vista. De su última noche en el pub antes de partir a un destino probablemente sin retorno.

Deje de oír, deje de ver, deje de sentir. Todo en cuestión de segundos, mi mente se devolvió instantáneamente a sus caricias, a sus ojos, su profunda mirada.

El amor, mi amor... ¡Jamás pudo verme! Sus manos eran sus ojos, recorrió cada centímetro de mi piel para lograr recordarme, quizás imaginarme.

Sus ojos, jamás me siguieron desde que entre en aquel pub, fue mi aroma lo que intento percibir desde el momento aquel.

Aún hoy le doy vueltas al asunto en mi cabeza de forma constante, escuché varias veces que el amor era ciego, pero aquel día lo viví.

No devolvería el tiempo para evitar vivir aquel bello momento que marcó mi existencia y permitió que viera todo desde un punto de vista totalmente diferente al convencional. Al contrario, lo repetiría así hubiese tenido el mismo desenlace, en esta, en otras y en mil vidas más... aunque me aseguraría de tener un par de lentes adicional para lograr ver de la forma en que lo hizo el... El amor, mi amor del cual su nombre nunca sabré.

No volví a visitar el pub, no hice preguntas, sólo salí llena de respuestas. Lo que había descubierto aquella noche mientras le buscaba, había sido la mejor forma de entender que no todas las personas que llegan a nuestra vida se pueden quedar.

¡Pero rayos! ¡Cuánto quisiera devolver mi vida a ese instante y poder ver como lo hizo el! Sin ver...